

DETECTIVE

Cinco o seis ejemplares, y los dejé en sitios muy visibles, en la mesa de lectura, en el sofá, incluso en los sillones hondos de cuero, para que tuvieran que cogerse al sentarse. No los leyó nadie, ni Dios, salvo una persona.

John FANTE

Conocí a esos tipos en la universidad. Apenas si asistían a clase. Se les veía charlando en los bancos de la biblioteca, tomando café y hablando a voces, discutiendo de mil historias. La gente los tomaba por tarados. A mí siempre me llamaron la atención. Jamás pensé en presentarme, ya sabes, conocerles y todo eso, ser su amigo u otro miembro del grupo. En cierto modo creo que nunca lo hice porque me daban miedo, no sé, representaban una forma de vivir que creía inconsciente, también apasionada, pero imposible de vivir por un tipo como yo, que por aquel entonces ya pensaba en conseguir una plaza de profesor en la universidad. Recuerdo que sacaban una revista, por decirlo de alguna manera. La verdad es que en realidad se trataba de un pequeño fanzine consistente en unas cuantas páginas fotocopiadas en blanco y negro sobre literatura, poesía en su mayor parte, con secciones más o menos interesantes, colaboraciones de los miembros del grupo y reseñas de libros de clásicos contemporáneos, sobre todo extranjeros, o de poetas de segunda fila por los que sentían pasión y que defendían a muerte. Ilustraban la revista con dibujos que hacían ellos mismos o que les pedían a sus amigos. En fin, que toda la revista se hacía entre ellos y sacaban unas cuantas copias que dejaban en algunos sitios o repartían entre sus conocidos, yo entre ellos. El caso es que con el tiempo se separaron, normal por aquel entonces, apenas si había trabajo en España y muchos se largaron a

probar suerte al extranjero. Exiliados de las letras, les llamo yo. Como te decía, cada uno acabó en un lugar del mundo; una posibilidad con la que, no nos engañemos, ellos se recreaban desde un principio. Eran mitificadores de la errancia. Y jamás volví a tener noticias tuyas, es más, ignoraba hasta qué punto les había sido posible seguir con aquella revista que tanto les unía y que tan pocos conocieron. Te digo que jamás, pero te miento, porque hoy, precisamente hoy, cuando un chaval de unos treinta y tantos años, brasileño o portugués, no lo sé, ha llamado a la puerta de mi despacho diciendo que venía de parte de Amadeo Pedraza, ya sabes, mi compañero de literatura contemporánea, y me ha dicho que estaba buscando a los autores de la revista *Poetica Seminarii*, que si podía ayudarle. Le he dicho que por supuesto.

14.

INSECTO

Diciembre de 1432. El dominico Pietro Geneve repasa con lupa las páginas centrales de un libro donde se defiende la para él herética teoría heliocéntrica. Concentrado en la lectura, anota bajo la luz de una vela cada una de las afirmaciones contrarias a los textos sagrados que, más pronto que tarde, piensa el genovés, habrán de conducir al científico en cuestión al suplicio de la hoguera.

Después de algunas horas, satisfecho al saberse poseedor de pruebas suficientes para condenar al autor, detiene su mirada en la figura de un sol resplandeciente cuya sonrisa ilumina la letra capital que abre el epílogo con el que se cierra el manuscrito. El gesto con el que el miniaturista ha ilustrado la faz del astro le parece irreverente, obsceno, insultante... Consternado y ofendido por lo que entiende como una burla final hacia el lector creyente, acerca la lupa para ver con más detalle la filigrana con la que el dibujante

adorna los rayos que desprende la estrella que calienta el mundo. Es en ese instante cuando el dolor le congestiona el gesto... Tira la lupa al suelo e intenta contener el dolor poniendo sus manos sobre el ojo ardiente. Las llamas que le dejan tuerto pelean por escapar de entre sus dedos.

21.

LOTO

Yo rodaba por el suelo. Rodaba, rodaba y no lograba saber en qué lugar me encontraba, pero era plenamente consciente del repugnante hedor que desprendían los bultos con los que accidentalmente topaba cada vez que me iba de un lado a otro. Sabía que aquella no era una habitación normal, no era tampoco ninguna de las celdas donde me había pasado los últimos veinticinco meses. Conocía aquellos suelos puntiagudos y húmedos demasiado bien como para no haberlos reconocido en ese momento. Y es que puedo asegurar que no estaba en ninguna celda, ni en ningún sitio que hubiera conocido antes. Solo sé que rodaba de un lado a otro de aquel lugar y que olía espantoso, y que chocaba, como les decía, que chocaba de vez en cuando con otros cuerpos. A decir verdad, también sabía que allí había dolor, mucho dolor. Dolor en los bultos cuyos esfínteres se habían relajado de pasar tanto miedo y dolor en los pasos de aquella gente que nos acompañaba. Dolor en su silencio.

También puedo acordarme de que unas horas antes de todo aquello alguien me había inyectado una especie de suero infernal con el que, supongo, habían querido matarme. Unos minutos antes me habían pegado la peor paliza que recuerdo. Me habían molido las costillas, me habían pisoteado la cara, me habían dado descargas, me habían... Da igual. Lo importante es que después de aquello yo también me lo había hecho todo

encima y que pensaba en todo esto cuando un tipo me agarró de los pies, me levantó los párpados y le dijo a alguien que no hacía falta inyectarme por segunda vez, que moriría en minutos y que no alborotaría nada. Y fue verdad. Entre dos me cogieron de las piernas y me metieron en un saco. Conmigo echaron un trozo de hierro o algo de peso. No lo recuerdo bien porque tampoco pude abrir los ojos. Estaba mareado, me dolía todo y apenas si podía moverme. Sabía que iba a morir.

Cuando abrieron una puerta por la que entró un frío de mil demonios escuché como alguien emitió un quejido que pronto fue apagado. Como si un agónico pesar le robara las fuerzas necesarias para romper a llorar... Después de aquello todo permaneció en silencio, hasta que unos minutos más tarde un par de hombres me cogieron de pies y brazos, me acercaron a la puerta y me lanzaron. El trozo de hierro quebró la resistencia de las costuras desgastadas del saco y así pude ver algo. No lo suficiente para diferenciar si el azul que veía era el del cielo o el del océano.

35.

ARAÑA

El sargento Thomas escuchó un traqueteo metálico en la puerta del barracón y, hecho una fiera, salió a la calle para ver si eran los mismos alborotadores de siempre. «Malditos andrajosos», les gritó a una decena de niños alemanes que rebuscaban en los cubos de basura de la compañía, «largaos de aquí si no queréis que os deje tiesos». Los chavales se alejaron corriendo con algunas cáscaras de plátano y trozos de pastel de manzana duros en los bolsillos.

No confraternizar con la población civil eran las órdenes que habían recibido todos los hombres del ejército americano que ocupaba un Berlín desde hace algunos meses

rendido a las tropas aliadas. No confraternizar, se les ordenó, pero cuando el sargento Thomas y el soldado Harrison decidieron dar una vuelta después de comer para tomar café y se encontraron con una par de alemanas de ojos tristes pero hermosos, el sargento Thomas, que ignoró la orden, decidió acercarse para cruzar cuatro palabras con las jóvenes y, de paso, dejarles claro que los americanos no estaban allí como un ejército invasor, sino como una fuerza encargada de asegurar el pronto restablecimiento de la democracia alemana, elemento esencial de cara a la regeneración del tejido legal que diese soporte a la nueva Alemania, moderna, industrial, avanzada y bajo el paraguas de los países democráticos más desarrollados del mundo. Todo aquel discurso se lo sabía el sargento Thomas muy bien y fue lo que intentó decirle a aquella alemana de medias rotas y piel cubierta de cicatrices, cuyo rostro, hermoso aún, reflejaba el desgaste terrible de los últimos días de guerra. Era eso de lo que hablaban cuando se quedaron solos en aquella plaza en ruinas a la que habían ido a pasear, mientras Harrison se perdía de la mano de la otra chica por la puerta de un edificio destartado donde aún se podían ver algunos restos de carteles nacionalsocialistas que llamaban a la población a luchar por el Reich de los mil años.

Thomas notó como su acompañante empezaba a emocionarse y el sargento pensó que lo más humano será cogerle la mano, confortarla, hacerle ver que con la caída del nazismo y el final de la guerra ya había pasado lo peor, que ahora solo vendrían momentos felices ligados a la reconstrucción del país. Thomas la abrazó y sintió la fragilidad de aquella mujer rota cuya familia había muerto pasto de las llamas de un bombardeo británico. Thomas la abrazó con fuerza. Sentados en aquel banco, el sargento se sintió arrastrado por la emoción y hechizado por aquella mujer en ruinas que conservaba toda la belleza y dignidad de un pueblo que salía del infierno, sacó del bolsillo del pantalón unos cuantos dólares que pensó calmarían el dolor de la joven. Fue entonces cuando ella le soltó la mano, se puso de pie, cogió los billetes y, después de tirárselos a la cara, se alejó de golpe

para que el francotirador hiciera su trabajo. Al instante una bala atravesó el cuello del sargento Thomas.

«Non fraternazation», le dijo la chica al americano mientras se desangraba.

59.

FÁBULA

Al terminar el festín, uno de los buitres levantó el vuelo y allí, en las alturas, acostumbrado al impropio y a las lecciones de moralidad, soportó el enésimo discurso recriminatorio del águila real con estoica resignación. Que si no le daba vergüenza alimentarse de los muertos, que si ya era hora de que se buscara la vida de otra manera, que si todo el mundo pensaba que aquella dieta no era sino la consecuencia lógica de la pereza congénita de los carroñeros... Estas y otras fueron las palabras con las que el jefe de las aves increpó al gigante necrófago. En esas estaban cuando el buitre se colocó parejo al águila real. Luego la miró de reojo y le dijo, algo cansado, que ya estaba bien de tanta cantinela y tanto sermón barato, que si de comer carne podrida se trataba, lo mismo le daba empezar por la realeza.